



FRISO DE OTOÑO

Disco de fuego gira en la floresta,
llama sensible, brasa enamorada.
Despierta el fauno, y la doliente siesta

por ser sangre que fluye apresurada,
en fiebre torna —parca— lo vivido,
juntando al fuego la visión hallada.

Descubre al ojo un mundo repetido
el sueño con que sueña un río mudo,
tan sólo por los árboles sentido,

por la llama celeste cuando es nudo
la secreta corriente que navega
un muslo melancólico y desnudo.

¿El fauno vespéral por qué renueva
su gastada osamenta dolorida,
sin antes ensayar tan loca prueba?

¿Desorbitado bello lo convida
al abismo del beso prisionero,
—debajo la quincalla de la vida?

El disco gira con sonido fiero;
ígneas herraduras con sabor a mora
desprendida de un fúnebre carnero,

en el requiebro del saúz que añora
un fuego que despeinan los estíos.
Mas la sangre al teñirlo lo decora

de trémulos romeros y cuclillos:
brasas de yerba, gatos de basalto,
que retuercen las llamas en anillos.

Agazapados van. Después el salto
se electriza en el humo que despiden,
al encender la chispa de su asalto.

Así los brazos del verano miden
el calor de los árboles ceñudos,
que el paso quedo del rocío impiden,

los tremolantes, nítidos saludos
del pájaro que vuela contra el sino,
ennegreciendo el aire entre sus nudos.

Y en la vitanda hora hay un camino
con fértiles pupilas como fieras:
las crea la embriaguez de un rojo vino

en las alas vibrátiles, viajeras,
ceñidas por un álamo fogoso.
Ofrece el olmo sus flameantes peras

al toro cenital que corre brioso,
doblando las llameantes sonajeras
que decoran su cuello poderoso.

Han pisado ya tantas primaveras
en las manchas celestes de los ríos,
que el Argos de Septiembre en sus riberas

despeña un toro amargo por los fríos
ijares del correr que arrastran, vago.
A la tarde pervierten los sencillos

ruiseñores su pámpano y su lago,
su mejilla, al sonar a verde cobre
entre las manos de un eterno mago.

Sobre la luz se posa y marcha sobre
la floresta que fluye el fauno rudo.
Pobre de sueño y de visiones pobre.

Ahí sus manos desatando el nudo
desangran lentas a los torpes dedos,
pudiendo apenas lo que apenas pudo

no más ayer, cuando no más los miedos
asaltaron sus pasos vacilantes,
pobres del ritmo en que quedaron quedos:

unos perdidos otros centelleantes,
al desollar sobre la hierba quieta
un rocío de lúcidos diamantes.

Y ya tendido el arco, la saeta
dispara el tiempo —fiel en cada pluma.
Niño de oro levanta su cometa

en la roja campana de la bruma;
cuaja un instante solitario y puro,
y un cero rueda a su universo en suma.

Testuz doliente contra el duro muro.
En la deshora mora su convivio.
Y oscuro sol solar le alumbró oscuro.

No será el pájaro —en el aire anfibio—
quien buscará los grumos en su axila:
tierno de amor y de rubores tibio;

ni picará en el mar de su pupila
la dorada ilusión que crece al sueño
si el sexo atrás en su ilusión se hila.

¡Oh planta fugitiva sobre el leño
de secretos carbonos encendido:
¿Qué buscas temerosa con empeño,

si lo vivido es sólo lo vivido,
si nada existe fuera del asombro
y la memoria vive del olvido?

Esucha cómo canta sobre tu hombro
la certidumbre del momento justo
y miralo después cómo es escombro;

polvo que marcha en el instante adusto
a yacer en la cripta funeraria:
llámese huesa o lecho de Procasto.

Indefendido toro: muerte varia.
Disco sin sed: finita tolvanera.
¡Fauno encendido —llaga innecesaria
que roe el hueso de la Primavera!

CARLOS ILLESCAS